

go, por una porción de canales minúsculos, de pequeñas sectas estrambóticas y supersticiones, tornó á ese estado especial de ánimo que preparó el auge inmenso del GENIO DEL CRISTIANISMO de M. de Chateaubriand y el éxito de la restauración del culto, gran medida política de Bonaparte, que en el fondo profesaba el deísmo de Robespierre, su antiguo ídolo, con el aditamento de que se creía el vicario armado de Dios.

☪ En pocos años todos los liberales volvieron al cristianismo acaudillados por los metafísicos alemanes ó sus discípulos franceses. La metafísica, ó es una teología, y entonces transforma los dogmas (de que es autora) en sistemas trascendentes, ó conserva su autonomía y acaba por hacer de la religión LA ODRE VIEJA DEL VINO NUEVO, de que Jesús habló. Y uno de los más singulares espectáculos que presenta la historia del espíritu humano es el de la corriente tumultuosa de las doctrinas filosóficas en las cátedras, en los libros, en los púlpitos quizás, afanada en envolver y arrastrar al cristianismo en su inacabable DEVENIR... Entre los protestantes el conato era colosal, más exiguo y solapado entre los católicos. Y así fué hasta la gran conmoción política de mediados del siglo XIX.

☪ Entonces las cuestiones sociales del orden económico flotaron en el haz del revuelto mar; las lucubraciones metafísicas cedieron el paso á los apóstoles del Evangelio nuevo, que era el viejo adecuado al sentimentalismo igualitario y humanitario de aquel tiempo de ensueños y palingenias milagrosas por obra y gracia de la democracia de la idea republicana. Sólo algunos se mostraban escépticos y descreídos radicalmente; hijos de los grandes materialistas de la Enciclopedia y de los grandes ateos de la Revolución; progenie de los D'Holbach, de los Diderot, de los Laplace y de los Danton y los Babeuf, acompañaban el lirismo democrático de los que hacían descender la República del Gólgota con una protesta sarcástica y terrible; el representante más leído de este grupo era Proudhon.

☪ En las escuelas exegéticas alemanas tomaba, entretanto, mayor cuerpo el análisis microscópico, digamos, de los documentos fundamentales de los orígenes cristianos, y en la escuela de Tubinga se pulverizaban esos documentos hasta reducirlos casi á nada; pero estos trabajos sólo eran conocidos de unos cuantos iniciados, á pesar de su trascendencia, hasta que Strauss publicó su primera historia de Jesús. Traducida al francés, tuvo su resonancia aun en los países hispano-americanos, y algunos colegiales curiosos la leíamos en Méjico en el primer año de la Reforma triunfante; esta obra era en el fondo la negación de la personalidad misma de Cristo. Mas, en verdad, antes del libro de Ernesto Renan, conocido y leído con horror y delicia en América por los años de 63 ó 64, nada había pasado en el mundo intelectual capaz de determinar la organización de un núcleo de pensadores anti ó extra cristianos. Nuestros abuelos leyeron, y releieron nuestros padres, el Diccionario filosófico de Voltaire, cierto; pero esta crítica feroz é irónica basada en lo racional, en el buen sentido, dejaba que desear, no satisfacía; siempre quedaba con la palabra la Ciencia, que solía ser la gran perturbadora del sentido común. La historia de las conchas encontradas en las cimas de los Alpes, muestra bien la diferencia entre un modo de ver y otro: esas conchas sólo pueden estar allí, decía Voltaire, porque los millones de pere-

grinos que por allí transitaron las han dejado caer; y ésa era una conjetura de puro sentido común; la Ciencia dijo luego : los montes han emergido con lentitud del fondo del océano, llevando en la frente su corona de despojos marinos; y el sentido común estaba desarmado.

☪

☪ ¿Qué venía á Méjico de todo esto? La generación de legistas que hizo la República y la Federación, la que luchó por arrancar á Roma el patronato eclesiástico, la que propugnó por la supremacía del poder civil, fué cristiana, fué católica como lo fueron siempre los regalistas, como lo eran Ramos Arizpe y Santa María y el Padre Mier y Quintana Roo y Fagoaga, como lo fueron, aunque en menor escala, los que intentaron hacer LAICA la sociedad mejicana, desarmando á las comunidades religiosas y quitando á la Iglesia el monopolio de la educación pública. Gómez Farías, el Doctor Mora, Espinosa de los Monteros, Gómez Pedraza y tal vez Couto (Don Bernardo) y Pesado (Don José Joaquín) y otros, constituyeron este segundo tipo. Zavala, no; Zavala, bastante mal visto en todos los grupos, disimulaba muy poco su inquina contra el catolicismo; si hubiese sido declaradamente cristiano, habría preferido la forma protestante.

☪ De todos ellos era discípulo el núcleo de hombres que se iba adueñando de la dirección intelectual del Instituto oajaqueño. Para Juárez, esos hombres fueron modelos en toda la primera parte de su vida pública; estaba clasificado entre los abogados que juraron odio á las clases privilegiadas en la tumba de Guerrero y que promovieron en Oajaca una especie de fiesta expiatoria organizada en honor del patricio mártir. Este asesinato había sido admirable para cortar los puentes entre el partido reactor y el que se apellidaba, no sé si con rigurosa justicia, partido liberal; el anatema á la administración conservadora, pero desde tantos puntos de vista bien encaminada, del General Bustamante, fué implacable, todavía vive, puede decirse. Y es que no sólo fué una falta la ejecución de Guerrero, sino un error. Se comprende que cuando un país esté amenazado de anarquía crónica, un gobernante, firme y que conozca su deber, desee dar un golpe de terror de esos que hacen entrar en sus quicios á una sociedad entera, y procure herir en lo más alto para que el castigo se note desde más lejos; y suele el valiente que tal hace ser excomulgado á seguida, pero después, á la larga, perdonado por una sociedad que se siente vuelta así á la seguridad y al orden. Pero es preciso saber escoger la víctima; es preciso que no se hiera un gran sentimiento nacional al herir un sentimiento humanitario. Si el sacrificado hubiera sido Santa Anna, que siempre se jactó de GUERRERISTA, nadie habría protestado al cabo de cinco años; pero fué el jefe del partido insurgente, fué el indómito luchador del Sur, fué el que facilitó, prohibiéndola, la obra de Iturbide, á quien jamás con justicia se arrancará el nombre de LIBERTADOR; fué Guerrero el escogido como hostia propiciatoria (á quien ni un Judas faltó siquiera), y esto hizo no sólo horrendo el asesinato, sino inexpiable. La herida la recibió en el pecho todo el partido li-

beral, lo mismo en su extremo radical que en su centro moderado... Uno de sus jefes intelectuales, digámoslo así, Gómez Pedraza, el rival, el adversario presidencial de Guerrero, decía trece años después, al terminar una frase de alto encomio del capitán suriano, con clásica y majestuosa elocuencia: «Entonces Guerrero ejecutó la acción más bella de su vida, poniendo á disposición del nuevo adalid sus recursos, su persona, su honor y su gloria... ¡Y este general ilustre terminó su carrera en un suplicio...! ¡Y á ese suplicio lo condenaron sus propios compatriotas...! ¡Conciudadanos: olvidaba que no debo en este día desenvolver delante de vosotros la ensangrentada túnica de César!»

¶ El culto á la memoria de Guerrero, por quien siendo estudiante había luchado en las calles ensangrentadas de Oajaca, la profesión de fe jurídica en favor de los grandes principios democráticos, su pasión por la soberanía del pueblo, el gran dogma liberal que los liberales metafísicos de entonces pretendían hacer pasar en bloque de la teoría á la realidad, sin tener en cuenta las condiciones peculiares de nuestra constitución social, apenas hoy modificada en la superficie, esto formaba el elemento principal de la mentalidad de Juárez. Pero su carácter era de mucha mayor edad que su inteligencia, su carácter transmutador de su pasividad étnica en perseverancia individual, de su veneración por las tradiciones en amor reflexivo por las ideas nuevas y de su respeto incondicional por la autoridad en amor por el orden, es decir, por el imperio impersonal de la ley; su carácter, decimos, estaba ya hecho cuando su espíritu, sumergido en la atmósfera religiosa en que había nacido su alma á la vida del pensamiento, ni soñaba siquiera con la emancipación, ya que no con la rebelión.

¶ Cuando la grave tentativa de organizarnos en sociedad laica por la acción de un gobierno emancipador, fracasó en Méjico con resonante aplauso de la Iglesia en 34 (año en que Juárez se recibió de abogado), nuestro hombre, según todos los indicios, estuvo resueltamente de parte de los que bajo los auspicios de Gómez Farfás acometieron tamaña empresa; pero, como lo estaban sus maestros, sin desprenderse de una sola partícula de su credo religioso. Todo su afán era y siguió siendo unimismar su fe política y su fe católica. Sentían, sin embargo, la resistencia de las clases privilegiadas á la realización de su fe política y sintieron la resistencia de la sociedad, temerosa de perder su fe como consecuencia de la implantación de la libertad de conciencia, y desbaratados y maltrechos al pie del muro infranqueable de tanto interés egoísta y sentimental amalgamado, los emancipadores se dispersaron, se retrajeron y conspiraron. Casi todos ellos, como Juárez, quedaron de rodillas ante el altar; pero allá en la sombra brillaban las aristas del hacha con que habían de romperlo y despojarlo de sus tísus y sus oros, para dejar de él lo que era en él eterno, el altar de espíritu y de verdad que profetizara el Cristo.

¶ Concluida la lucha entre la Federación y el Centralismo, expedida en Méjico la famosa Constitución de «Las Siete Leyes», organizada así una complicadísima

máquina centralista, que al mismo Alamán, el patriarca de la tribu conservadora, hacía sonreír con desconfianza, los liberales esperaron y siguieron preparándose sin descanso.

¶ Hay quienes reprochan á muchos de ellos haber admitido empleos de las administraciones centralistas. Esto es absurdo. Es absurdo en estos países de guerras civiles y revoluciones en que todos, todos, hemos hecho lo mismo, porque los mejicanos vivimos de empleos. Es absurdo porque no se trataba del servicio á gobiernos extranjeros, ni ilegales siquiera, sino á gobiernos nacionales en el sentido posible del vocablo NACIONAL en Méjico, país en formación, protoplasma de país más bien que país definitivamente orgánico. «Las Siete Leyes» habían venido como la República, como la Federación, de una asonada convertida en conflagración militar, sancionada por un Congreso de consigna nombrado en comicios formados de empleados, únicos electores posibles en Méjico. Así se formaban las Asambleas; éstas, con no poca libertad, lucubraban en pleno mundo subjetivo y resultaban sistemas de ideas, no de apropiaciones á la realidad que seguía incontrastablemente su obra, y la Constitución estallaba al fin. El día que Méjico encontró el modo de ir ajustando su constitución escrita á su constitución efectiva, las guerras civiles tenían que cesar y han cesado.

¶ Resultaba, pues, de una conmoción un gobierno; servirlo cuando no había otro, ni era un crimen, ni dejaba de ser en muchos casos un deber; así hicieron Juárez y gran número de federalistas. Lo malo habría sido prescindir de unas ideas políticas para adoptar, por interés, otras.

¶ Había además dos capítulos esenciales en el CREDO del partido liberal: el federalismo; esto era enteramente accidental, peculiar del partido liberal mejicano; en realidad la forma federativa nada tenía que hacer con los principios de libertad individual base del liberalismo, y éste era el segundo capítulo complicado con el de la soberanía popular. Precisamente las constituciones escritas se habían inventado para cohonestar uno y otro DOGMA, como se decía: la americana había hecho prevalecer el de la libertad individual base de una serie de derechos ó garantías que limitaban el gobierno absoluto del pueblo. A creer en este absolutismo tendía el núcleo ya organizado de la democracia mejicana, mejor dicho, creía en él y ajustaba sus actos á esta creencia, lo que dependía de que había sido educado ó por los publicistas franceses ó por los españoles traducidos del francés. Se podía servir bajo un régimen centralista si su constitución rezaba el doble dogma, y así era.

¶ Así fué en nuestras constituciones centralistas: en la de Las Siete Leyes (1836) la primera parte ó PRIMERA LEY, como se denominaba, contenía en su artículo 2.º una lista de derechos del hombre, y en sus artículos 8.º y 10.º los derechos y obligaciones de los ciudadanos mejicanos para votar y ser votados y concurrir á los actos electorales. Los mejicanos de más de cuarenta años que hemos tenido que pasar por tantas horcas caudinas políticas, deberíamos abstenernos, por un sentimiento rudimentario de pudor, de inventar pecados políticos insensatos para lapidar con ellos á nuestros mayores...

¶ Pero aquí entramos en un paréntesis un poco obscuro. Juárez era inquebrantable ciertamente, pero ¿era inflexible? No. Gran bronce humano, era como el

bronce en fusión en aquellos años en que circunstancias incontrastables y necesidades complexas moldeaban á los mejicanos.

☉ Hemos visto aparecer en él trabajosamente la aspiración á dejar de ser un colectivo como los hombres de su raza y como los primitivos todos, la aspiración á individualizarse, á tener una personalidad, á ser ÉL. Luego, dentro de su conciencia, hemos notado la aparición del deseo de contribuir á la transformación mejicana, y dentro de su voluntad armarse como un resorte de acero la resolución de consagrar á ese fin su vida y, por ende, convertirse en federalista y demócrata y liberal en la forma en que son esto los abogados, con reservas, trámites y fórmulas.

☉ Así armado hemos visto á Juárez asomarse á la vida pública, penetrar en ella y bajo administraciones nacionales, aunque no federalistas, seguir prestando el contingente de su religión de liberal, de letrado y de patriota á la marcha del orden público. La evolución parece terminada; el personaje queda listo para que en cualquier medio produzca una suma proporcional de acciones y reacciones en relación con su tipo normal, que puede formularse así: un hombre de progreso y de deber.

☉ Pero llegó un momento en que algo parece velarse en esta fisonomía moral; pasa una nube sobre aquella frente de cobre serena y reluciente. ¿El liberal flaqueó? No lo creemos; pensamos más bien que, deseoso de procurar á sus correligionarios facilidades para la prosecución de su obra (como lo demuestra todo cuanto siguió en su vida), admitió el año de 44 un puesto en la administración del gobernador León, gran patriota y hombre enérgico, cuya vida quedó santificada por el heroísmo de su muerte, pero también reactor inflexible y santanista incondicional. Y León no lo llamó á su secretaría, como se supone, gracias á una transacción con los liberales, sino en el apogeo de la dictadura del héroe de ZEMPOALA, como en verso y prosa llamaban á Santa Anna entonces sus turiferarios; no de la dictadura legal que emanaba de las facultades discrecionales que le confiara la famosa 7.<sup>a</sup> base, sino de la de hecho de ascendiente y de sugestión que era más dura todavía. Al par de ella existía una embrollada anarquía y confusión gravísima de ideas y procederes en aquella época dominada ya completamente por el presagio ó mejor dicho la certeza del peligro YANKEE, que ponía miedo en todos los corazones y daba á todo un carácter precario y de expediente. El «VENDRÁN LOS YANKEES Y BARRERÁN CON TODO» era el fondo de todas las consideraciones secretas, el fondo negro en donde nada detallado y preciso podía dibujarse. Era un gran pavor, era para la pobre nación exangüe y endeble una pesadilla; el temblor, el calorífico gobernaba las inteligencias de todos los políticos ilustrados; el DESTINO MANIFIESTO era nuestra MOIRA, era la fatalidad de la gran tragedia mejicana. Sólo había un hombre que no tenía miedo, sólo había uno que creía en nuestra victoria indefectible, que creía poder sólo ser vencido por la intervención directa de la Providencia, pero que se jactaba de contar con ella para su uso particular: este hombre era Santa Anna. Singularísima personalidad, todavía no bastante bien estudiada por nuestros historiadores, que la han mutilado ó enmascarado á su gusto; malo, pésimo para Méjico, hidra policéfala genuina-

mente nacida en nuestro pantano social, admirable modelo para el estudiante y el artista psicólogo.

☉ En Junio de 44, cuando Santa Anna reocupó... el trono, íbamos á decir, después de una de esas abdicaciones temporales con que satisfacía los hondos accesos melancólicos de su sibaritismo crónico, el partido del dictador, apoyado en su innegable prestigio entre los hombres de agio, entre los hombres de sable y entre las plebes, se agitó como nunca. La cuestión de Tejas palpitaba; vengar las afrentas de Méjico en Tejas era el grito de guerra del caudillo cojo; soldados iban y venían, arcos triunfales, músicas y vítores llenaban las calles de la capital; el símbolo vivo de la Patria culminaba, infundía valor en las multitudes con su acento épico, y los vistosos penachos de los batallones nuevos ondulaban en celajes de colores en torno del carro del vencedor. ¿Del vencedor de quién? De los españoles, de los tejanos, de los franceses, de todo en el exterior y, en el interior, de la federación y del pudor público...

☉ Por lo demás, el agio aplicaba su boca como una ventosa á la vena por donde circulaba en lentos pero incesantes chorros la pobre sangre del pueblo; el Presidente complicaba en esta succión ávida toda su reputación, y en los días de miseria para soldados y empleados corrían en los palenques de gallos las onzas de oro del héroe ZEMPOALTECA.

☉ Hombres como León, fieros, despóticos, de temple férreo, conocían este barro del ídolo, pero cerraban los ojos y no veían en él más que al paladín de nuestra honra, al debelador de Tejas, al futuro humillador de la soberbia yankee... (?) Y por eso los honores regios tributados al Presidente hasta en efigie parecían actos patrióticos; eran actos serviles. Juárez se complicó en uno de ellos; esto ha sido irrefragablemente comprobado (V. Bulnes.—JUÁREZ Y LAS REVOLUCIONES DE AYUTLA Y DE REFORMA), y desde entonces (lo sabemos por un testigo mayor de toda excepción) sus amigos se lo reprocharon ó alguno de ellos por lo menos (el Lic. Pérez). Hombre y no semi-dios, pero completamente hombre, Juárez tuvo considerables defectos y entre ellos el que nos es común á todos los mortales, de no saber resistir siempre á la tendencia de confundir nuestros intereses personales con los intereses políticos. De este limo nunca estuvo exento el gran Presidente, porque en él la ambición fué poderosa; el deseo de sobreponerse primero á sí mismo, representante de una raza de humillados, y de encaramarse por encima de los otros, de los humilladores, bullía en el fondo de su sangre, de las reliquias atávicas que iban y venían en los rincones subconscientes de su naturaleza. La verdad es que el reproche al hombre es insignificante; casi todos hacían lo mismo: el reproche al liberal en grado heroico es grave; quisiéramos que no lo hubiera merecido.

☉ Pero lo mereció. Verdad es que su alianza con el General León duró poco (¿un año?) y acabó mal; llegó un día en que el perenne conflicto con el déspota tomó, frente á una arbitrariedad (cuenta la anécdota el señor Pola en su segundo tomo sobre Juárez), el carácter de un choque personal; en 45 dejó la secretaría del gobierno; tomó asiento en un tribunal de Justicia y volvió á su papel de profesor del Instituto.

